

mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

— Nada más has hecho, respondió el coronel; nada más has hecho que confirmar que estás preocupada en la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tías, y otras personas y viejas tan ridículas é idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinión, por eso me explico con tanta sencillez; pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razón, la experiencia y la autoridad.

Por la razón debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro y á otros brutos, á quienes también se enseñan muchas cosas, ó por medio de la industria tenaz ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun cuando no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razón dicta, también lo confirma la experiencia. Tú misma sabes cuántas monaditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni sabía hablar ni entendía mejor que ahora lo que le enseñabas;

y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendía á hacer mil monerías, y las aprendía á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad; luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños, pues vemos que éstos aprenden sin él.

— Bien está, decía Matilde; pero si mis tías dicen que no se puede menos y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque mientras más grande sea más trabajo costará que aprenda, ¿qué quieres que yo diga, cuando sabes que mis tías son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan más que yo, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

— ¡Válgate Dios por experiencia! decía el coronel; ¡válgate Dios por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años, y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te haya acontecido, ni eres tú sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y

que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educación y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal más común de lo que se cree, y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche cuesta mucho trabajo abandonarlas; á veces se resisten á toda persuasión, y entonces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de ésta, pues te he curado de otras necedades que te habían inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupación ó engaño en que vives es pensar que tus tías y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa son sabios y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan común como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneración de los mozos, y así se lo debes inspirar á tu hija, porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez. También es cierto que debemos escuchar á los ancianos con atención, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez, y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversación con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que éstas no son reglas generales, antes bien tienen mil excepciones. Todos los días y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros...

—No, decía Matilde; mis tías no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

—No te enojés, hija, respondía el coronel; yo no hablo precisamente de tus tías. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instrucción; pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar á otro ó que te la disparen con puntería, y el médico que desee curarte se hará cargo de la incisión sin necesitar saber cómo te dieron la pedrada. ¿No es esto?

—Es así, decía Matilde; ya te entendí; pero ¿á qué viene eso? — A hacerte ver, respondía don Rodrigo, que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos sólo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que, sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, según te acabo de decir y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuántas veces has criticado conmigo las conversaciones de don Tadeo y doña Sinfrosa.

—Bien me acuerdo, decía Matilde; pero esos seño-

res son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar más que su tierra y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapiés, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnicos, tápalos, mantillas y cuantos trajes se usan en nuestros días? ¿Ni quién ha de creer que antes eran los hombres más justos y las mujeres más recatadas que hoy, como nos quiere persuadir don Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

También me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mujeres arregladas; que al variar de vestir, comer, etc., se le ha llamado moda, y que esta variación ha sido muy continuada en las más partes de la tierra, especialmente en la Europa... En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo; pero he quedado asegurada de que don Tadeo es un tonto y la buena vieja de su mujer otra simple.

—No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos, decía el coronel, porque el hombre ó mujer que por capricho, pasión ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por

un tonto. Pero dime: ¿qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Éste á lo menos no te deberá tan mal concepto.

—¿Cómo no? decía Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto, porque, no sólo lo tengo por tonto, sino por mentiroso. ¡Jesús qué hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables.—Pero eso lo cuenta por divertirnos.—¡Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto; me enfada mucho un viejo majadero.

—¡Ah! ¿conque tú conoces algunos viejos tontos y majaderos cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decía don Rodrigo prosiguiendo. Después de todo, hija, tú tienes razón. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazón, á saber: el pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal clase de viejos, que no son muy pocos?—No sé,

decía Matilde.—Pues sábetelo que no consiste en otra cosa, sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así, por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes, y otros (éstos son los peores) sobre necios, son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burletas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! porque lo que se siembra en la mocedad eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mujeres lo mismo que los hombres.

—Todo está muy bueno, decía Matilde; estoy convencida de esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños y hemos acabado por los viejos.

—Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decía don Rodrigo; se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios, hay viejos ignorantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudición sólo por haber nacido antes que otros.

—¿Eso quién te lo niega? decía Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó de viejo será un

necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicación ó pereza.

—Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decía don Rodrigo; y según ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tías, sólo porque son viejas; porque no debemos cautivar nuestro entendimiento á la sola autoridad, si no hallamos apoyo en la razón ó en la experiencia. Sólo en materias de fe no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio á la revelación de que tenemos noticia por una tradición antigua é inalterable; circunstancia que, aún según el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religión. Quizá otra vez te hablaré de esto con más despacio. Por ahora, repito, que sólo en materias de fe hemos de creer con sujeción á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razón ó la experiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no sólo podemos, sino que debemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, además de confirmada por la razón y la experiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entonces seremos